

EL PROFESIONAL EN LOS PROCESOS POPULARES

Otto Maduro

Con la intención de abrir espacios a un diálogo que nos parece que puede ser prometedor y fecundo, en la anterior edición de SIC editorializamos y publicamos varios artículos sobre la colaboración de los sectores medios con las organizaciones populares. En esta edición queremos aportar el estudio que, a partir de una reunión del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos (MIIC), elaborara el Profesor Otto Maduro. Creemos que entrega, en forma profunda, didáctica y clara, elementos complementarios para ese importante diálogo. (N. de la R.)

Nuestra sociedad es una sociedad capitalista, una sociedad de explotación, una sociedad de clases. ¿Qué significa esto? Significa, primero, que los medios de producción material (tierras, fábricas, máquinas, etc.) al igual que los medios de producción espiritual (prensa, radio, cine, televisión, escuelas, etc.), están controlados por una misma minoría propietaria. Significa, igualmente, que mientras esa minoría propietaria vive de la producción material de las mayorías trabajadoras, estas mayorías trabajadoras, en cambio, trabajan y piensan —la mayor parte de sus vidas— en beneficio de las minorías propietarias, en función de los explotadores, dominadas bajo las clases dominantes. Las mayorías trabajadoras son explotadas, dominadas, utilizadas y dirigidas —material y espiritualmente— por las minorías propietarias. Al ser forzadas a trabajar de sol a sol para poder ganar su escaso sustento, al verse obligadas a ocupar toda su atención y todo su tiempo en el trabajo manual, al ser desposeídas por los grandes propietarios de la tierra y de las maquinarias, las mayorías trabajadoras se ven expropiadas, de hecho, de los medios de producción material e intelectual. Y, entonces, estos medios pasan a ser controlados por las minorías propietarias, las cuales organizan la producción material e intelectual no en beneficio de toda la sociedad —y mucho menos en favor de las mayorías trabajadoras—, sino en función de los privilegios e intereses de las mismas minorías propietarias.

Todos los seres humanos tenemos infinitas capacidades y necesidades. Tenemos, entre otras, la necesidad y la capacidad de pensar y reflexionar acerca de nuestra historia, de nuestra propia situación actual y de nuestras perspectivas futuras. Tenemos, igualmente, la necesidad y la capacidad de participar activamente en todas las decisiones sobre lo que afecte nuestra vida personal y colectiva: nuestra habitación, nuestro trabajo, nuestro descanso, nuestra recreación, nuestra educación, nuestra alimentación, nuestra salud, nuestra ropa.

Sin embargo, en esta sociedad capitalista, la capacidad de pensar y reflexionar acerca del pasado, del presente y del futuro por parte de las grandes mayorías, es una capacidad trunca, frustrada, reducida al mínimo. De hecho, las mayorías trabajadoras, necesitadas —como todo ser humano— de una cierta visión del mundo para orientarse en la vida colectiva, se ven convertidas en consumidoras pasivas de ideas propias producidas fuera de la situación y de las necesidades de los trabajadores mismos. Igual cosa sucede con las decisiones que afectan la vida personal y colectiva de los trabajadores: la capacidad de los trabajadores de participar activamente en tales decisiones es negada, trunca, frustrada y reducida también, bajo el capitalismo, al mínimo.

De tal modo, las ideas y las decisiones concernientes a la vida de los trabajadores son elaboradas fuera de sus vidas, fuera de sus condiciones de existencia, de sus necesidades, dolores, sueños, esperanzas e intereses. Tales ideas y decisiones son elaboradas, la mayor parte del tiempo y en la mayoría de los casos, en ambientes y por individuos que se encuen-

tran más cerca de la influencia de las minorías propietarias, más sometidos a las presiones de las clases dominantes, más deslumbrados y atraídos por los privilegios de los explotadores, más cerca de las migajas que caen de la mesa de los poderosos.

¿Qué sucedería si las ideas y las decisiones concernientes a la vida de los trabajadores quedasen en manos de los trabajadores mismos? Que se acabaría la explotación de los trabajadores por parte de las minorías propietarias. Se acabarían los privilegios de estas minorías que viven y se endurecen a costillas “del sudor y de la sangre del pobre”.

Por esto, las minorías privilegiadas tienen el interés —además de los medios— de poner la elaboración de ideas y decisiones concernientes a la vida de los trabajadores en manos extrañas a las de los trabajadores mismos. Por ello el capitalismo requiere y favorece el desarrollo de una capa media de intelectuales, profesionales y técnicos alejados de los ambientes y de las condiciones de vida de los obreros y campesinos, pero especializados en la elaboración de ideas y la toma de decisión acerca de la vida de los obreros y campesinos.

Mediante el desarrollo de esa capa media de intelectuales, profesionales y técnicos, mediante el alejamiento de los mismos de la condiciones de vida de obreros y campesinos (por las facilidades de vivienda, transporte, vestido, educación, etc., ofrecidas a las capas medias), y mediante la seducción que opera en esta capa media el atractivo de sueldos altos (con los consiguientes privilegios negados a los trabajadores manuales) y otras prebendas, el sistema capitalista logra convertir a la mayor parte de los intelectuales, profesionales y técnicos en funcionarios que —sin saberlo ni quererlo— producen ideas y decisiones aptas para mantener explotados a los trabajadores y para consolidar a los poderosos en sus privilegios.

En la división capitalista del trabajo, los intelectuales, profesionales y técnicos constituyen el sector donde es concentrado y monopolizado un conjunto de capacidades pertenecientes a todos y cada uno de los seres humanos (pero de cuyo ejercicio han sido privados los demás seres humanos): las capacidades de pensar y decidir la propia existencia. Tales capacidades se han concentrado y monopolizado en esa capa media (intelectuales, técnicos, profesionales) para facilitar el poner esas capacidades al servicio del enriquecimiento de las minorías propietarias, al servicio de la explotación de obreros y campesinos. Y, para que ese sector desempeñe esa función, la división capitalista del trabajo lo aleja de las condiciones de vida de obreros y campesinos, y lo remunera con privilegios que motiven la identificación de ese sector con los valores, las metas y el género de vida de los poderosos.

LAS CONTRADICCIONES DEL SECTOR PROFESIONAL EN NUESTRA SOCIEDAD

La mayoría de los intelectuales, técnicos y profesionales tiende a cumplir, la mayor parte del tiempo —sin saberlo ni quererlo—, esa función de elaborar ideas y decisiones favo-

rables a la explotación de las clases trabajadoras por parte de las minorías propietarias. Sin embargo, la situación de este sector medio en la sociedad capitalista es una situación ambigua, contradictoria, tensa y difícil; ello hace que, a menudo, surjan conflictos de una parte del sector profesional con los intereses de las clases dominantes en el seno del capitalismo.

En efecto, el sector profesional no forma propiamente parte estructural de las clases dominantes, puesto que —excepto raros casos— sus miembros no son propietarios de grandes medios de producción. En tal sentido, los profesionales no están nunca plenamente identificados con los intereses de las clases explotadoras (a pesar de los constantes intentos de estas últimas por lograr esa identificación). Esto se ve más claramente en las épocas de crisis económica, en las que ciertos estratos del sector profesional (incluyendo aquí a técnicos e intelectuales) no constituye tampoco parte estructural de las clases directamente explotadas en el trabajo manual, pese a que —a menudo— el sector profesional es, también asalariado. Su modo de trabajo y de vida se desenvuelve en ambientes y con rasgos bastante distintos de los de obreros y campesinos. Los privilegios de los que disfrutan del tipo de producción que realizan se constituyen a menudo en “símbolos de status” para enorgullecerse, distinguirse, discriminar y despreciar al proletariado y al campesinado (aun en los casos en los que miembros del sector profesional provengan de las clases trabajadoras). Los salarios y remuneraciones que percibe el sector profesional provienen, no tanto del fruto económico de su propia actividad, como de la plusvalía explotada a obreros y campesinos por parte de los propietarios (parte de cuya plusvalía se destina a mantener al sector profesional). En este sentido, el sector profesional tampoco se identificará nunca de modo pleno con los intereses de las clases explotadas. Esto se destaca con mayor nitidez en las épocas de auge económico, en las que muchas fracciones del sector profesional disfrutan de un proceso de aburguesamiento que los lleva a identificarse y aliarse con las clases dominantes en el intento de éstas por consolidar el capitalismo.

Además, la necesaria especialización de las distintas fracciones del sector profesional en el capitalismo conlleva la creación de intereses particulares y características específicas de las distintas profesiones. Estos intereses particulares y características específicas de las diversas fracciones del sector profesional provocan roces y fricciones entre el sector profesional y las clases dominantes, roces que pueden —bajo ciertas circunstancias— desembocar en el conflicto abierto entre una parte del sector profesional y el bloque de clases en el poder, con la posibilidad —incluso— de alianzas entre esa parte del sector profesional y los sectores más avanzados de la clase obrera y del campesinado.

Por último, esta situación estructural ambigua y la composición social heterogénea del sector profesional, aunadas a la circulación de ideas revolucionarias y a los posibles contactos y coincidencias de algunas fracciones profesionales con las luchas populares y con las condiciones de vida de los trabajadores, pueden desencadenar procesos de sensibilización de grupos profesionales ante los sufrimientos, las necesidades, los intereses y las luchas de los explotados. Esta sensibilización de ciertos profesionales ante las condiciones de vida, las luchas y los intereses de los trabajadores es por supuesto, variable, según las circunstancias: más factible en épocas de crisis que en épocas de bonanza económica, más probable en las fracciones proletarizadas del sector profesional que en sus estratos más privilegiados, más susceptible de desarrollarse en grupos provenientes de las mismas clases explotadas que en grupos de otra extracción, más viable entre quienes trabajan en contacto directo con los sectores más empobrecidos de la población que entre quienes se mueven sólo en ambientes privilegiados, y, en fin, más posible entre quienes se hallan en contacto con ideas y grupos revolucionarios que entre quienes carecen de ta-

les contactos.

EL PROFESIONAL AL SERVICIO DE LAS LUCHAS POPULARES DE LA LIBERACIÓN

Si de algo puede servir la sociología al profesional sinceramente deseoso de ponerse al servicio de los procesos populares de liberación, ese algo puede resumirse en un consejo: “no caigamos en mentiras”. Dicho más sería y claramente: la tendencia normal a la que estamos sometidos los profesionales en el capitalismo es la de pensar y actuar —sin saberlo— al servicio de la explotación del pueblo. Aún más: la tendencia normal a la que estamos sometidos los profesionales bajo el capitalismo es la de no percibir —y negar sistemáticamente— que pensamos y actuamos al servicio de la explotación del pueblo, e, incluso, creer que pensamos y actuamos al servicio del pueblo al tiempo que disfrutamos de privilegios basados en la explotación del pueblo. Y, por otra parte: si algunos profesionales nos separamos de esta tendencia dominante, queriendo, tratando —sincera y constantemente— de ponernos al servicio de la autoliberación del pueblo, ello no es —ni única ni principalmente— porque seamos “buenos”, porque tengamos “mejores” intenciones que otros. ¡No! Ello es el fruto —por lo general— de circunstancias objetivas y subjetivas (la mayor parte de ellas ajenas a nuestra voluntad), circunstancias que hay que saber comprender y aprovechar, sin duda alguna. Así como se dice que “el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones”, podríamos también afirmar que “los mecanismos de la explotación capitalista están llenos de las mejores intenciones”. No basta con la intención. No caigamos, pues, en mentiras.

El primer paso que habría que dar (y que habría que repetir cotidianamente) para romper con aquella tendencia dominante, para comenzar realmente a ponerse al servicio de la liberación de los oprimidos, es precisamente éste: reconocer que estamos sometidos a la tendencia a pensar y a actuar al servicio de la explotación, a no darnos cuenta ni querer reconocer que así lo hacemos, a disfrutar de los privilegios negados a los explotados y mantenernos con la conciencia tranquila. El segundo paso (también cotidianamente necesario), consiste en entablar una lucha progresiva, paciente y calma, individual y colectiva, teórica y práctica, por descubrir y eliminar, en nuestro pensamiento y en nuestra acción, esa tendencia dominante a ponernos al servicio de la explotación sin darnos siquiera cuenta y a esconderle el hecho de que así lo hagamos.

Sin duda, es posible mantenerse como técnico, intelectual o profesional en el seno del capitalismo, y, simultáneamente, poner la acción y el pensamiento propios al servicio de las luchas populares contra la explotación capitalista. ¡Sí! Es posible. Pero no es nada fácil. Hacerse y mantenerse como profesional al servicio de los procesos populares de liberación es una tarea dura, compleja, llena de conflictos, reveses, estancamientos, frustraciones y peligros. Claro que, paradójicamente, es ésta también una tarea llena de alegrías, esperanzas, satisfacciones y experiencias vivificantes... de no ser así, ningún profesional se integraría a las luchas populares.

Sin embargo, a riesgo de parecer pesimistas, insistimos un momento sobre las dificultades de esta tarea.

El profesional comprometido con la liberación de los oprimidos está —quíralo o no— situado en la división social del trabajo (la división entre propietarios y trabajadores, intelectuales y trabajadores manuales, trabajadores del campo y de la ciudad). Pero, al mismo tiempo, este tipo de profesional está situado en un proyecto socialista de acabar con la explotación de los trabajadores por los propietarios. Esta situación, ambigua y contradictoria, en la división del trabajo y contra ella, es una situación difícil, que coloca al profesional en la constante tentación de uno u otro de estos dos errores igualmente perniciosos:

El de abandonar su condición de profesional, haciéndolo-

se pasar por uno más en medio del pueblo, lo que a menudo implica abandonar las posibilidades concretas de un servicio específico —en su profesión— a las luchas populares de liberación.

El de abandonar su compromiso con la liberación de los oprimidos, haciéndose un profesional normal entre el montón, lo que necesariamente implica el situarse al servicio —deseado o no— de la explotación de los trabajadores.

Y es que, de algún modo, el profesional ubicado en este compromiso se halla como entre dos mundos y en ninguno, atraído y cuestionado simultáneamente por ambos, y sabiendo constantemente amenazadas —por ello mismo— su identidad social, su seguridad psíquica, económica, política e incluso física.

Ahora bien, en el fondo, la ambigüedad, las contradicciones y las dificultades del profesional comprometido con la liberación popular son, precisamente —y a la vez—, el síntoma, el precio y la condición de posibilidad de la eficacia de su tarea.

Efectivamente, si la tarea específica de un tal tipo de profesional es devolver al pueblo los recursos y capacidades que —mediante la división del trabajo— le han sido expropiados por las clases dominantes, si la tarea específica de tales profesionales (que nadie más, sino ellos, puede realizar, y que el pueblo necesita que sea realizada) es la de posibilitar que los trabajadores se reapropien de los recursos y las capacidades de los que han sido expropiados mediante la división del trabajo, entonces es necesario que tales profesionales se mantengan en su puesto en la división del trabajo. Pero es preciso saber, de antemano, que esta situación ambigua y contradictoria comporta peligros, tentaciones, dificultades y problemas —insistimos— que son síntoma, precio y condición de posibilidad de la eficacia liberadora de tales profesionales. Peligros, tentaciones, dificultades y problemas, empeño, que hay que saber afrontar, combatir, superar y vencer de manera paciente, inteligente, progresiva y calmada.

EL PROFESIONAL COMO INTELLECTUAL ORGANICO DEL PUEBLO

Todo profesional —quíralo o no, sépalo o no— es de algún modo un intelectual. ¿Por qué? ¿En qué sentido? ¿Qué es un intelectual? Un intelectual es un profesional del intelecto, un especialista en pensar, planear y organizar —directo o indirectamente— el trabajo y la vida colectiva. Toda comunidad humana, como toda persona tiene la necesidad y la capacidad de pensar, planear y organizar el trabajo y la vida colectiva. Sin embargo, la división capitalista del trabajo crea una capa de funcionarios encargados de satisfacer esa necesidad y de desarrollar esa capacidad, bajo las orientaciones y en función de los intereses de los grupos dominantes. Al mismo tiempo, la división capitalista del trabajo impide a las mayorías trabajadoras desarrollar esa capacidad y satisfacer por su cuenta aquella necesidad: el capitalismo fuerza a los trabajadores a desarrollar únicamente su capacidad de producción manual, para satisfacer así la necesidad social de producción de bienes materiales, pero siempre bajo las orientaciones y en función de los intereses de las clases dominantes.

Entonces, un intelectual es una institución, un grupo o una persona que, en una sociedad de clases, encarna y realiza la necesidad y la capacidad sociales de pensar, planear y organizar el trabajo y la vida de la sociedad en alguno de sus aspectos.

Ahora bien, para el marxista italiano Antonio Gramsci, los intelectuales (incluidos técnicos y profesionales) se ven empujados a dividirse de acuerdo con la oposición de clases existentes en la sociedad. Unos, los dedicados —conscientemente o no— a preservar el viejo sistema de dominación, son denominados por Gramsci intelectuales tradicionales. Son los técnicos, profesionales, pensadores, etc., entregados a impedir y/u organizando el trabajo y la vida en la sociedad para

afianzar a las tradicionales clases dominantes. En cambio hay otro grupo de intelectuales que son llamados por Gramsci intelectuales orgánicos. Son los que se hallan comprometidos con un proyecto revolucionario, dedicado a pensar, planear y/u organizar el trabajo y la vida de la sociedad de modo de ampliar las posibilidades de una transformación radical de la sociedad. A estos se les llama “orgánicos” porque están ligados a los procesos vitales de transformación del organismo social, porque son como “órganos” de un cuerpo social nuevo, que nace de las luchas populares y están ligados al pueblo, a sus intereses y necesidades, de modo casi indisoluble... como el hígado (órgano vital) al organismo humano.

Para tomar prestado el vocabulario y el pensamiento gramsciano, digamos que el profesional ligado a los procesos populares (profesional que puede ser una enfermera, una maestra, un pintor, un médico, un sacerdote o una monja), comprometido con las luchas de liberación de los oprimidos, situado en y contra la división capitalista del trabajo, podría también ser definido como un intelectual orgánico de las clases populares. Esto de “intelectual”, por supuesto, no se puede entender ya en el sentido de pensador oscuro, encerrado entre libros y dedicado a leer y escribir durante todos los días de su vida. No. Tomémoslo en el sentido amplio ya definido anteriormente, y tomemos conciencia de que las características de uno u otro tipo de intelectual dependen, precisamente, de las clases sociales a las que se hallan ligados, del tipo de trabajo que entre éstas realizan y del proyecto de sociedad al cual adhieren y por el cual luchan.

LAS LINEAS DE TRABAJO DE UN INTELLECTUAL ORGANICO DE LAS CLASES POPULARES

Digamos de antemano, para corregir ciertas visiones paternalistas de esta cuestión, que el profesional al servicio de la liberación del pueblo no es una persona “muy buena y desinteresada”, dueña de conocimientos y recursos de los que carece el pueblo y que, por “pura generosidad”, va a “regalarle” al pueblo tales conocimientos y recursos a cambio de la única satisfacción de haber hecho una “buena acción”. No. No caigamos —de nuevo— en mentiras. Las cosas son un poco más complejas y difíciles de lo que parecen en estas ideas tan simplistas.

Un auténtico IOP (Intelectual Orgánico del Pueblo) debería reconocer que los obreros y campesinos carecen de ciertos conocimientos y recursos que el profesional posee, y que requieren de tales cosas para hacer avanzar sus luchas de liberación. Si no fuera así, los profesionales sobrarían, molestarían y obstaculizarían las luchas populares; no tendrían nada bueno que aportar a esas luchas. Y eso no es así. Pero, por igual, los profesionales carecen de ciertos conocimientos y recursos que los trabajadores poseen, y necesitan de los mismos para modificar radicalmente su propio papel como profesionales en esta sociedad. Si no fuera así, no se entendería el terror que asalta a las clases dominantes cuando los profesionales se incorporan a las luchas populares.

Por ello mismo, un auténtico IOP tiene que desarrollar una profunda humildad, una gran apertura, una honda disponibilidad para escuchar y aprender de los trabajadores, una seria lucha autocrítica por eliminar ciertos vicios típicos de los profesionales (prepotencia, sentimientos de superioridad, desprecio hacia el pueblo, autoritarismo, etc.), junto a una enorme capacidad para renunciar (con calma, paciencia e inteligencia) a los privilegios típicos de las clases medias y para convertirse a un modo de vida sencillo, cercano al de las clases populares.

Así, entonces, el trabajo de un IOP trataría de lograr —entre otras cosas— lo siguiente:

— Establecer un diálogo, una relación dialéctica, con las clases populares. Conviniendo con el pueblo, aprender de éste y —sobre todo— aprender a aprender todos juntos en

comunidad, a aprender todos y cada uno de cada uno de los otros y de todos los demás.

— En esta convivencia dialogar con el pueblo, aprender a “desaprender”: es decir, aprender a descubrir junto al pueblo —o ejerciendo colectivamente la crítica y la autocrítica— cómo todos estamos, en diverso grado y de distintas maneras, influenciados por las ideas, los intereses, los modelos, los valores, las actitudes y los prejuicios de las clases dominantes. Y entonces, en este proceso, liberarnos de la ideología dominante, desarrollando colectivamente una ideología popular auténticamente revolucionaria, liberadora.

— Junto con los oprimidos, aprovechando los recursos y conocimientos, tanto de los explotados como de los profesionales, recoger, organizar y devolver la propia experiencia del pueblo, a fin de que el pueblo desarrolle su capacidad y satisfaga su necesidad de reapropiarse de manera crítica y creadora de su propio pasado, de su presente y de su futuro. Expliquemos más detalladamente este punto.

— Recoger la experiencia popular: investigar y divulgar (mediante la lectura, la entrevista, la encuesta, la discusión, el periódico mural, el panfleto, el teatro, los títeres, las marionetas, el canto, la poesía, el dibujo, la pintura, el cuento, la oración, etc.) lo que los oprimidos han vivido, viven y desean vivir. Estimular la investigación y la discusión en el seno del pueblo, para que los trabajadores conozcan su propia historia, sus combates, sus victorias, sus derrotas, avances, estancamientos y retrocesos, sus aciertos y errores; para que los trabajadores conozcan, reaviven creativamente, valoricen orgullosamente y desarrollen críticamente su lenguaje, sus tradiciones, ritos y costumbres; para que descubran (y hagan descubrir a los profesionales) su explotación material y espiritual, sus intereses, capacidades y alternativas.

— Organizar la experiencia popular: en convivencia dialogal (crítica y autocrítica) con el pueblo, seleccionar y dar coherencia a los elementos dispersos ya recogidos de la experiencia del pueblo mismo. Por ejemplo (y usando siempre toda la gama de medios accesibles a las clases populares y a sus IOP), explicitando lo implícito, es decir, haciendo del conocimiento común todos los elementos de la experiencia popular —luchas, canciones, personajes, etc.— que sean potencialmente elementos de protesta, de conciencia de clase, de proyecto revolucionario, pero que han permanecido ignorados o reprimidos. También, sistematizando la incoherencia, relacionando entre sí diversos elementos potencialmente revolucionarios de la experiencia popular —un canto con una experiencia de represión, un líder religioso del pasado con una huelga del presente, etc.— que han permanecido desconocidos hasta la actualidad. Igualmente, globalizando lo particular, descubriendo la validez presente de antiguos combates, la conveniencia de ciertos métodos de lucha empleados con éxito en otros lugares, o la significación profunda de alguna oración, canción o anécdota, creadas por el pueblo en otro lugar u otro momento. Asimismo, rompiendo las evidencias dominantes; mostrando cómo ciertas ideas o conductas (como el cultivo individual contra la agricultura colectiva) sólo sirven para mantener dividido, debilitado y explotado al pueblo; cómo tales ideas o conductas no son eternas, ni queridas por Dios, ni beneficiosas para los oprimidos. Del mismo modo, develando las contradicciones reales y resolviendo las aparentes: facilitando (con el estudio de la historia, con el análisis colectivo de la situación actual, etc.) que los oprimidos capten cómo ciertas “contradicciones” no son más que tretas de las clases dominantes para aplastar las alianzas revolucionarias, y, en cambio, cómo muchas “verdades absolutas y sagradas” son tan sólo inventos para esconder la profunda oposición que enfrenta a explotados y explotadores. De estas —y de otras— maneras es como el pueblo reorganiza su propia experiencia de manera consciente, comunitaria, crítica y creadora, ya no más en función de los intereses dominantes, sino en aras de su propia liberación.

— Devolver al pueblo su propia experiencia reorganizada: de nuevo, con todos los recursos al alcance de las clases trabajadoras, en un lenguaje accesible a los medios populares, se trata en este tercer momento (inseparable de los otros dos) de difundir y discutir la experiencia popular reorganizada. Es decir que las masas populares se reapropian de manera comunitaria, reflexiva, crítica y creadora, de su propio ser, de su pasado, de su presente, de sus intereses, capacidades, necesidades y alternativas. Se trata de posibilitar y estimular la divulgación sistemática, masiva, constante y creciente de la experiencia popular reorganizada. Y, simultáneamente, se trata de posibilitar y estimular que el pueblo se apropie de su experiencia reorganizada como cosa suya, que la critique, la rehaga, la enriquezca y la desarrolle a su modo, en función de sus propios intereses, de su autoliberación. Sólo de este modo podría nacer y crecer una auténtica ideología revolucionaria del pueblo capaz de enfrentar a la ideología dominante, al igual que un conjunto de organizaciones populares capaces de enfrentar y vencer a las instituciones oficiales y privadas, así como movilizaciones populares revolucionarias capaces de transformar la sociedad.

— En todo este trabajo es preciso, al mismo tiempo, aprovechar y superar la especialización de los profesionales. Que todo IOP sea capaz de encarnar y realizar, en su propia especialidad (contabilidad, deportes, enfermería, derecho, teología, agronomía, etc.) esta línea de convivencia dialogal con el pueblo. Pero, al mismo tiempo, que sea capaz de cuestionar su especialidad propia, de someterla al enriquecimiento y a la crítica a partir de la experiencia popular, no menos que a partir del diálogo interdisciplinario con otras especialidades. Por ejemplo, que el arquitecto se dedique a trabajar en el área específica de la organización del espacio popular (vivienda, barrio, fábrica, etc.) y ponga allí todos sus conocimientos y recursos al servicio del pueblo. Sí. Pero que esté también conscientemente tras la crítica y la transformación de su visión del problema concreto de la organización del espacio: a partir, por una parte, de las costumbres, exigencias y posibilidades de los sectores populares, y, por otra parte, a partir del aporte de otros profesionales que perciben el mismo problema desde ángulos diversos (el religioso, el sanitario, el económico, el político, etc.). Y que este mismo rasgo caracterice el trabajo del sacerdote, del trabajador social, del dietista, del médico, del titiritero y del músico en el seno de las clases populares.

— En fin, el trabajo de un IOP —si quiere ser realmente liberador— tiene que crear las condiciones para hacerse prescindible. En otras palabras, el trabajo de un IOP tiene que estimular y facilitar constantemente que las clases populares desarrollen su capacidad en el terreno mismo del especialista, que los oprimidos hagan suyos los conocimientos y recursos del profesional, que los trabajadores se reapropien de esa capacidad que el profesional pudo desarrollar porque se lo posibilitó la división del trabajo creada por la explotación de los trabajadores, pero que pertenece más al pueblo que al profesional mismo. Es decir, el IOP tiene que lograr que el sector del pueblo donde él trabaja llegue a no necesitarlo.

¿Cómo? Pues devolviéndole al pueblo los conocimientos y recursos que el profesional adquiere gracias a la plusvalía que los explotadores arrebatan al trabajo del pueblo. Difícil tarea, y compleja, que exige una humildad poco común, pero tarea imprescindible para que el pueblo pueda tomar su destino en sus propias manos y ya no dependa de los explotadores para sobrevivir. Y, además, sólo así podrá el profesional emigrar sin perjuicio de lo realizado, a otro sector del pueblo donde se lo requiere con mayor urgencia, e integrarse en el seno de los pobres de igual a igual.

La triple inserción del intelectual orgánico del pueblo

Hemos dicho antes que la situación del IOP, por ser la de una persona (o un grupo) ubicada en y contra la división

del trabajo, es una situación difícil, compleja, tensa, desgarradora y peligrosa desde muchos puntos de vista. También señalamos que el trabajo de un IOP está lleno de alegrías, esperanzas, satisfacciones o, incluso, de un reconocimiento mucho más hondo que el de cualquier trabajo profesional para el sistema.

Dijimos que las tensiones del trabajo de un IOP, sus peligros y dificultades, lo amenazan permanentemente con dos extremos igualmente dañinos: el de la exclusión y el de la recuperación. En efecto, el IOP puede verse excluido de su especialidad, perder el reconocimiento de sus familiares y colegas, quedarse desempleado y sin recursos económicos, ser encarcelado (o, incluso, torturado y asesinado), sufrir la incompreensión de sus amigos y hasta desequilibrarse psíquicamente por las dificultades que le crea su compromiso con el pueblo. En la mayor parte de estos cambios, el IOP perderá las posibilidades de cooperar con la liberación de los oprimidos. Es por ello que se hace necesario evitar la exclusión. Pero la prudencia y el tacto que exige el trabajo de un IOP para no ser excluido puede empujarlo imperceptiblemente al otro extremo: regresar al sistema, dejarse recuperar por la división del trabajo, entregarse a los intereses de las clases explotadoras. En este caso, el IOP perderá igualmente las posibilidades de servir al pueblo, dejará de ser un IOP para volver a ser un profesional de la dominación. Por esto, es igualmente necesario que todo IOP luche contra la permanente tentación de la recuperación.

Entre la exclusión y la recuperación se halla el estrecho margen del auténtico servicio a la liberación de los oprimidos. Un margen móvil, dinámico, que hay que redescubrir y ampliar —en lucha colectiva— todos los días del año y todos los años de la vida.

Esta compleja situación del IOP exige desarrollar una estrategia y una táctica para escapar simultáneamente, tanto a la exclusión, como a la recuperación, manteniéndose en el margen donde se libran las luchas de autoliberación popular.

Hemos pensado —a partir del estudio de experiencias exitosas en ese sentido— que el IOP requiere de una triple inserción para mantenerse en ese estrecho y móvil margen, redescubriéndolo y ampliándolo sin cesar: inserción en las luchas populares de autoliberación de los oprimidos, inserción en una institución del sistema, e inserción en un colectivo de trabajo y reflexión. Explicemos un poco estas tres inserciones complementarias.

— **Inserción en las luchas populares:** el IOP debe conocer las condiciones concretas de vida de los obreros y campesinos de su zona; conocerlas de cerca con sus propios sentidos. Debe conocer las luchas que libran obreros y campesinos contra la explotación, apoyarlas y participar progresivamente en las mismas. Debe aprender —en convivencia dialogal con el pueblo— lo que puede y lo que no puede aportar a las luchas populares y lo que tales luchas pueden aportar a la transformación de su propia mentalidad y de su modo de vida. Esta inserción en las luchas populares cumple varias funciones. En primer término, canalizar concreta y correctamente las intenciones de servir al pueblo, sometiendo el propio trabajo profesional a las exigencias, las necesidades, los ritmos, las costumbres, el lenguaje, el grado de conciencia, organización y movilización, y la crítica concreta del pueblo mismo. Es decir, orientar el propio trabajo por lo que el pueblo realmente es y exige, y no por lo que el profesional cree que el pueblo es y necesita. En segundo lugar, esta inserción sirve para que el profesional se transforme radicalmente, en su visión de las cosas y en su modo de vida, de un funcionario al servicio del sistema en un intelectual al servicio del pueblo. Por último, esta primera inserción del IOP cumple la función de crear una base social de apoyo al trabajo revolucionario del profesional en su propio campo especializado (el hospital, la iglesia, la universidad, etc.). Es decir, ligándose a las luchas populares, el IOP encontrará y desarrollará el alimento y

el apoyo necesario a fin de mantenerse en la división del trabajo (pese a estar en contra de ésta) y para llevar a su propio campo profesional las exigencias y los problemas del pueblo trabajador.

— **Inserción en una institución del sistema:** el IOP debe mantenerse ligado a las instituciones (oficiales y/o privadas) donde se desarrolla el trabajo especializado propio de su campo profesional (la escuela, la iglesia, la empresa, el hospital, etc.) Debe conocer bien el lenguaje, los progresos y los problemas de su propia profesión, saber manejarlos y destacarse en su especialidad. Esta inserción institucional cumple también varias funciones: primeramente, desarrollar y consolidar los conocimientos y recursos de su propia profesión, a fin de disponer más experiencia que aportar a las luchas de liberación de los oprimidos. En segundo lugar, contar con un sostén institucional que permita acceder constantemente —dentro de los márgenes factibles— a ciertos recursos para apoyar las luchas populares, que provea las entradas económicas necesarias para poder dedicar tiempo y esfuerzos al servicio del pueblo, y que le brinde cierta cobertura para disminuir los riesgos de persecución por parte de los poderosos. Finalmente, esta inserción institucional cumple la función de abrir canales para llevar las luchas de los trabajadores al seno de las instituciones, a los centros de poder y decisión. Y es que el trabajo de un IOP no consiste sólo en poner los recursos de las instituciones al servicio del pueblo en lucha, sino —complementariamente— en llevar la lucha del pueblo al seno de las instituciones mismas (universidades, empresas, hospitales, sociedades científicas, etc.).

— **Inserción en un colectivo de trabajo y reflexión:** el IOP no puede trabajar aislado, so pena de ser recuperado o excluido tras los primeros esfuerzos. Un IOP tiene que integrarse a un grupo de "semejantes" (de su misma profesión o no, pero con quienes tenga mucho en común), a un equipo que comparta sus intenciones, tentaciones y preocupaciones. Este colectivo puede muy bien ser una comunidad eclesial de base, una célula de un partido, un equipo de trabajo popular interdisciplinario o algo parecido. Lo importante es que haya allí comunidad de intenciones, tentaciones y preocupaciones, compartidas en un trabajo al menos parcialmente común, con condiciones para el desarrollo de una amistad espontánea, honda, sincera y clara, y con la posibilidad constante de la discusión abierta y la corrección fraterna en cualquier ámbito de la vida de cada uno. Esta inserción en un colectivo llena varias funciones indispensables para la eficacia (subjetiva y objetiva) del trabajo de un IOP.

Por una parte, compartir, aliviar y resolver en común las dificultades surgidas en el trabajo popular (dificultades psíquicas, afectivas, económicas, políticas, religiosas, etc.), y que raramente pueden enfrentarse individualmente (como tampoco en grupos demasiado grandes ni con quienes no se comparte las preocupaciones y el trabajo concreto del IOP). Por otra parte, discutir y criticar y corregir el trabajo mismo que cada uno realiza como profesional al servicio del pueblo; compartir y confrontar experiencias, problemas, alegrías, esperanzas y proyectos; cooperar en la toma de decisiones, en la realización del trabajo de cada uno y en la evaluación y replanteo de las tareas llevadas a cabo. En otros términos, la inserción en un colectivo sirve para afinar y consolidar el trabajo de cada uno, al tiempo de aligerar y resolver las dificultades que a cada uno se le presentan en el intento de servir a la liberación del pueblo.

Conclusión: dos experiencias a modo de ejemplos

En los años '60, varios sacerdotes colombianos intentaron una "revolución educativa" para poner la escuela al servicio de las luchas de liberación de los oprimidos. En varios lugares de Colombia, en barrios populares bastante pobres, estos sacerdotes fundaron los MEI (Modelos Educativos Integrados).

Eran institutos educacionales de nivel medio, nacidos al calor de los templos parroquiales, con la idea de dar educación integral a los jóvenes de los barrios cercanos al templo. A pesar de que la educación allí impartida no era reconocida oficialmente, los MEI se llenaron enseguida: después de todo, la mayor parte de esos jóvenes no tenía facilidades para acudir a la educación secundaria y, por lo demás, sus padres reconocían en los sacerdotes animadores de los MEI a gente capaz de defender los intereses de los desposeídos, cosa rara en los planteles educacionales del gobierno.

Muchas cosas fueron interesantes en los MEI. Y mucho hay que aprender de la persecución y desmantelamiento que sufrieron luego. Pero aquí sólo nos interesa hacer notar algunos aspectos que nos parecen relevantes para una reflexión sobre el papel de los profesionales en los procesos populares.

A los MEI se incorporaron como profesores algunos estudiantes universitarios decepcionados de las enseñanzas y las estériles disputas de las universidades, junto con sacerdotes y profesionales deseosos de servir a una educación liberadora de los oprimidos. La calidad de la educación desarrollada en los MEI fue tal, que algunos estudiantes de sociología y antropología sentían que muchos jóvenes pobremente vestidos, que llevaban uno o dos años en un MEI, conocían mejor a su país y el continente que muchos profesores universitarios.

En los MEI —y esto es lo que más nos interesa destacar aquí— se desarrolló una triple integración de la educación (por la cual se los denominó “integrados”).

En primer término, una integración profesores-alumnos. Rompiendo con la “concepción bancaria de la educación” —como la llamó Paulo Freire—, según la cual el estudiante es un receptáculo pasivo de conocimientos (ignorante) y el profesor un proveedor activo de los mismos (sabio), los MEI trataron de hacer del profesor un alumno y del alumno un profesor.

Por una parte, el profesor se disponía a aprender de estos jóvenes con experiencias y necesidades distintas a las suyas, estimulando la participación, la creatividad y la crítica por parte de los estudiantes. Por otra parte, los alumnos se disponía a verbalizar, discutir y estructurar sus propias experiencias y necesidades, incorporándolas como criterios y temas de la educación a realizar. Integrando, pues, a profesores y alumnos en una dialéctica educativa donde todos aprenden, crean y enseñan, los MEI intentaban así romper la división del trabajo educativo.

En segundo lugar, la integración de las diversas materias entre sí. Los MEI, mediante reuniones previas y concomitantes al desarrollo del año escolar, y con la participación de profesores y estudiantes, intentaron descubrir y explicitar las múltiples interrelaciones de las diversas asignaturas. Así, por ejemplo, la biología se enseñaba en relación con el inglés, la geografía, la historia y las matemáticas, que eran también estudiadas en el MEI, y lo mismo sucedía con el resto de los cursos realizados. De este modo, los MEI iniciaron la ruptura de la división del trabajo científico, con el resultado de que todos entendían mejor y se adueñaban más a fondo de todas y cada una de las disciplinas estudiadas.

Por último, y quizá la más importante, fue la integración de la educación con la vida concreta del barrio. Mediante la investigación y la discusión dentro y fuera del plantel, los MEI hicieron esfuerzos fructuosos por acabar con una enseñanza abstracta sobre la base de programas, libros y profesores que desconocen por entero la realidad concreta y específica de la vida de los estudiantes y sus familias. De tal modo, en los MEI se programaban, se estudiaban y se evaluaban

las asignaturas considerando la situación, los problemas, las dificultades; las carencias y las necesidades de los barrios circunvecinos. Así, rompiendo la división del trabajo intelectual con respecto a la vida concreta de la comunidad, los MEI crearon un enorme interés en el estudio, alimentado por las aplicaciones concretas de los mismos a la solución de los problemas concretos de la comunidad, lo cual les ganó el apoyo de las familias hasta el final.

En Bélgica, en los años '70, grupos de profesionales y estudiantes universitarios, decididos a no continuar sirviendo a la explotación del pueblo y a poner sus profesiones al servicio de sus necesidades, decidieron abrir unas “boticas” de derecho y de medicina.

En casas alquiladas en barrios populares, durante cierto número de horas al día, funcionaban estas “boticas” para los pobres. Las de derecho con abogados, estudiantes de derecho, sociología, economía y ciencias sociales. Las de medicina con médicos, estudiantes de medicina, odontología, farmacia y psicología. Partiendo de las necesidades sentidas más urgentes e inmediatas para las comunidades populares, las “boticas” intentaron ir más allá de un simple asistencialismo y, por esto, funcionaban en tres planos distintos pero complementarios: servicios, educación y críticas.

A nivel servicios se trataba de dar a la comunidad, gratuitamente, la asistencia jurídica o médica que más urgentemente necesitaba, sobre todo en aquellos aspectos en los que asistencia oficial o privada era, o muy onerosa, o inaccesible, o simplemente orientada contra los intereses populares.

A nivel educación se brindaba a la comunidad toda la información y el adiestramiento necesarios para que, poco a poco, un buen sector de la misma comunidad gozase de los conocimientos jurídicos y médicos necesarios para asistir a la comunidad, prescindiendo de los especialistas, o para lograr la asistencia indispensable en los casos en que fuese imposible que la comunidad los resolviese por sí misma. Así se rompían, en su raíz, sentimientos ancestrales de incapacidad, dependencia e inferioridad que a menudo albergan los sectores populares frente a los especialistas, generándose además el desarrollo de un sentido autogestionario de la comunidad: contar con sus propias fuerzas y desarrollar la capacidad de resolver su propia problemática.

A nivel crítica se emprendía el análisis, en comunidad, de las instituciones jurídicas y médicas de nuestra sociedad, desmitificándolas y descubriendo cómo tales instituciones funcionan bajo las orientaciones y al servicio de los sectores poderosos, cómo las mismas repiten y refuerzan la expropiación de las capacidades autogestionarias de las comunidades, y cómo ciertas reivindicaciones jurídicas y sanitarias han sido el fruto de la lucha de los oprimidos y no dadas desinteresadas de los gobernantes. De este modo, las comunidades develan —a partir de problemas suyos muy concretos— la explotación que sufren y sus propias capacidades de liberación.

Muchísimos otros ejemplos podrían darse. Lo importante es que sepamos encontrar y construir, deshacer y rehacer, nuestras propias maneras de insertarnos como profesionales en los procesos populares, cada uno de acuerdo a su vocación, su formación, sus inclinaciones, limitaciones y posibilidades. Estas notas no sirven si son tomadas como receta sin falla. No. Sólo servirán para algo bueno si son tomadas como una simple contribución más a tratar de ver claro en este problema del papel del profesional en los procesos populares, contribución llena —como la vida misma de cada uno de nosotros— de errores y aciertos, de frustraciones y esperanzas, de exageraciones y carencias.